

bre el resultado de la lucha. Me limito á afirmar que nosotros, los sabios, estableceremos la República sobre fundamentos lógicos, mientras los románticos la comprendían paseándola por un carnaval perpetuo.

Por último, los republicanos fanáticos, y en este nombre comprendo á los cerebros estrechos y ardientes que miran la República como un Estado de derecho divino, que debe imponerse violentamente á los hombres, los republicanos fanáticos tratan en general á las letras con desprecio. Son para ellos poco menos que un lujo inútil. Les niegan un papel importante en el mecanismo social, y cuando las aceptan, las consideran como cosa de poca importancia y definida por las leyes. Proudhon, uno de los cerebros más potentes de nuestra época, no pudo contenerse, y trató el arte como un asunto de economía política. Soñaba con desprestigiar á personalidades de elevadísima posición, deseaba formar un pueblo que pensase bien y tuviese instrucción, para ocupar con ventaja el puesto del genio que se llamaba Delacroix. Se comprende, pues, que esos republicanos, tan desconfiados de las letras, no estén dispuestos á acoger las nuevas formas

literarias. En el fondo tienen un ideal histórico de la República: el caldo negro de los espartanos, la rigidez cívica de Bruto, el odio sangriento de Marat; y esa República que desean, negra y grave, nivelada y autoritaria, esa República de pura imaginación clásica, imposible con su verdadero modo de ser en los tiempos modernos, no se acomoda con una literatura de observación y análisis, que necesita una libertad absoluta para desarrollarse. Los herimos con nuestras observaciones, porque no participamos del sueño que los embarga aún al estar despiertos, porque nos negamos á numerarnos, á ocupar nuestro lugar en la línea, á obedecer á la consigna, á considerar al hombre como á un árbol que se planta donde se quiere para que allí brote y dé sus frutos. Ellos sólo sirven para una fórmula hecha ya, nosotros para la investigación continua y para el respeto al documento humano. Por todo lo cual no podemos entendernos.

Ya he dicho que, además de las causas accidentales, hay causas generales para explicar la visible hostilidad del partido republicano hacia la nueva fórmula literaria. Esas causas obran con todos los Gobiernos. Desde que los



republicanos subieron al poder, se ha cumplido en ellos la ley general de que todo el que llega á ser amo tiembla ante la idea escrita. Cuando se está en la oposición, se decreta con entusiasmo la libertad de la prensa, la desaparición de la censura; pero si al día siguiente una revolución sienta á nuestro ardiente protector de las libertades en la poltrona ministerial, se le verá doblar en seguida el número de los censores y acabará por confeccionar los sucesos de los periódicos. No es, lo sé muy bien, un ministro de ideas retrógradas, es que no le importan las artes ni las letras, la política se apodera de él por completo. Después si se siente atormentado del deseo de que hablen de su paso por el Gobierno, si se ocupa verdaderamente de los escritores y de los artistas, se convierte en una verdadera calamidad, se mete en asuntos que no conoce, asombra á sus administrados con actos extraordinarios, distribuye recompensas y rentas á medianías tales, que el mismo vulgo acaba por alzarse de hombros. A eso llegan los que entran en el poder, sean las que fueran sus buenas intenciones al empezar: anima fatalmente á las medianías, mientras pone de lado á los

fuertes, cuando no los persigue. Lo hace quizá por una razón de Estado. Los Gobiernos temen la literatura, porque es una fuerza que se les escapa de las manos. Un gran artista, un gran escritor, los molesta, los asusta, en cuanto lo ven salirse de la disciplina y manejar un instrumento poderoso. Si aceptan un cuadro, una novela, un drama, como recreación honesta, tiemblan si se sale de la diversión permitida en familia, en cuanto el pintor, el novelista, ó el dramaturgo imprimen originalidad á sus obras ó expresan una verdad que apasiona. Siempre «el odio á la literatura». Es necesario no ser original y fuerte; no escribir en un estilo vivo que tenga sonido, color y olor característicos; importa, sobre todo, no determinar una nueva evolución; lo demás es inquietar é indignar á los ministros en un gabinete. Monarquía, Imperio, República, todos los Gobiernos, hasta los que presumen de proteger las letras, han rechazado á los escritores originales é innovadores. Me refiero principalmente á los tiempos modernos, en que el pensamiento escrito se ha convertido en arma temible.

Tal es la situación que voy á resumir. Los escritores naturalistas tienen por enemiga á



la República, porque la República es hoy un gobierno definitivo, y de resultas le ha atacado el mal particular que he descrito: «el odio á la literatura». Tienen además contra ellos á los republicanos doctrinarios, á los republicanos románticos y á los republicanos fanáticos, en una palabra, á los grupos más poderosos del partido, á los cuales molestan en su hipocresía, en sus intereses y en sus creencias. ¿Necesito insistir más? Los extranjeros, que no ven lo que pasa por dentro, y sí sólo la superficie de las cosas, ¿se asombrarán todavía al notar que el partido republicano ataca con tanta furia á los escritores que se han educado con ellos y han trabajado con ellos en la dirección? Podría citar hechos mas precisos, pero basta que haya indicado las razones generales.

No tenemos de nuestro lado más que á los republicanos naturalistas. Los que quieren la República científica, por el método experimental, conocen perfectamente que marchamos á su lado. Los hombres superiores de la época presente no son numerosos, como es natural; pero mandan ó mandarán con el tiempo, y cuando tienen que valerse de media-

más, por la falta de hombres de valer que en todos los partidos se nota, les duelen las torpezas cometidas y esperan llevar cada día más verdad y más fuerza al gobierno.

Citaré aquí un ejemplo típico, que probará la extraña inteligencia de algunos republicanos. La mancha más horrible que se echa en cara á la literatura naturalista, es la de ser una literatura de hechos, por consiguiente, una literatura bonapartista. Esto es algo vago, y voy á tratar de explicarlo. Para los republicanos en cuestión, el imperio se fundaba en hechos, mientras que la República se funda en un principio: de donde deducen que una literatura que no admite más que los hechos, que rechaza lo absoluto, es una literatura bonapartista. No sabemos si será mejor reírse ó enfadarse al oír esta consecuencia. Reflexionando, he encontrado el caso muy grave, pues en el fondo de tan extraña acusación está el problema de la existencia de la República.

Hay muchos republicanos que declaran, como hemos dicho, que la República es lo absoluto. Los republicanos fanáticos lo afirman con la rigidez de un axioma. Los republica-



nos románticos apuntan directamente al ideal, agitan sus penachos, hacen á la República una apoteosis de paraíso, representan á Dios Padre con el gorro frigio y orlada su cabeza con el sol. En mi opinión, no hay nada más pueril ni más peligroso. Estoy conforme con que haya principios, como hay policía, para tranquilizar á los ciudadanos pacíficos. Sólo que me parece que lo absoluto es un entretenimiento filosófico, agradable, quizá, para razonar sobre la manzana ó sobre el queso. Pero tomarlo por base de cuestiones humanas, es querer edificar sobre la nada, es levantar una construcción que se derrumbará seguramente al menor soplo. Como he dicho, se entra en lo relativo, en cuanto aparece el hombre con sus múltiples exigencias. Desde ese momento son los hechos los que gobiernan. Es estúpido el creer que se echa abajo el Imperio, considerándole como un gobierno basado sobre hechos realizados. ¿Hay algún gobierno que no se funde en hechos? ¿No es hoy la República el gobierno de los hechos realizados? ¿No son precisamente los hechos, los que la han fundado de un modo definitivo?

Pasemos al segundo Imperio. Hoy puede decirse claramente la verdad. El segundo Imperio vino porque la República había cansado á la Francia. Estaba fuera de los hechos, no se preocupaba de responder á una necesidad, perdía su tiempo en declaraciones vacías, en luchas cansadas, en las teorías más vagas y menos prácticas. Recuérdese ese período de la República del 48. Todos los ensayos que hizo fueron sin resultado, porque ninguno descansaba sobre firme, estaba devorada por el humanitarismo, por un socialismo de pura especulación, por la retórica romántica y por la religión de los poetas deistas. Nunca tuvo una idea precisa de la Francia que quería gobernar. Se proponía estudiar sobre la nación como se estudia en un cadáver. Las palabras que pronunciaba eran, en verdad, soberbias: la libertad, la igualdad, la fraternidad, la virtud, el honor y el patriotismo. Pero no eran más que palabras, y se necesitan hechos para administrar. Imagínense hombres de bonísima intención, muy dignos y excesivamente honrados, que llegan á un país donde todo lo desconocen, donde no quieren estudiar nada y que tienen el extraño



propósito de aplicarle un régimen de gobierno puramente teórico. Ocurrirá forzosamente que la nación, trastornada su vida ordinaria, acabará por no querer someterse á los ensayos. Sobreviene la dictadura. Es lo que ocurrió el 2 de Diciembre. La Francia aceptó un amo, por el cansancio que le producía tanto cambio en tres años, sin llegar á proporcionarle una situación favorable.

Al estudiar los diez y ocho años del segundo Imperio, se observa también el inmenso poder de los hechos. Aclamado como un medio de salir adelante, como un alivio para la nación, acaba por labrar su propia ruina y por madurar la idea republicana; y cuando cae, son los hechos los que fundan definitivamente la República. Repito estas ideas, porque nunca será bastante mi insistencia. Si existe hoy la República, no es por el absoluto, no es por los principios, es únicamente porque los hechos lo exigen, hacen de ella el único Gobierno posible en Francia, y encuentran en ella la inmediata y exacta satisfacción de las necesidades del país. No cabe duda que el derecho existe, pero el derecho no es más que un hecho superior, si se quiere, el hecho definitivo

á que aspiran las naciones, á través de todos los hechos intermediarios. Supongamos que hemos conseguido la verdad social, la República: pues esa República está fundada en los hechos, como todos los demás gobiernos que nos han regido. Es un absurdo querer levantarla del suelo, para colocarla en la vaguedad ideal de los poetas, ó en el absoluto filosófico de los sectarios.

Ese es todo el valor de la acusación de los republicanos, que nos atacan porque no apreciamos más que los hechos. Sí, sólo los hechos tienen para nosotros evidencia científica; no creemos más que en los hechos, porque la ciencia moderna se ha formado sobre ellos únicamente.

El documento humano es nuestra base sólida. Dejamos á los soñadores el ideal, el absoluto, como quiera llamársele, y abrigamos la convicción de que ese absoluto es precisamente el que ha detenido y extraviado durante tantos siglos á los hombres en las conquistas de la ciencia. Exponemos los hechos, y no los juzgamos, pues no es juzgar nuestra tarea; somos observadores y analíticos. Hemos expuesto el hecho del Imperio, convirtiéndonos



en historiadores de ese período, como expon-  
dremos el hecho de la República, cuando en-  
tre en nuestra historia y determine nuevas  
costumbres. Tratar el naturalismo de literatu-  
ra bonapartista, es una de esas tonterías que  
nacen en el estrecho cráneo de los retóricos del  
ideal. Yo afirmo, por el contrario, que el na-  
turalismo es una literatura republicana, si se  
considera la República como el Gobierno hu-  
mano más perfecto, fundado en la investi-  
gación universal, determinado por la mayo-  
ría de los hechos, y que responde á las necesi-  
dades observadas y analizadas en la nación.  
Esa es toda la ciencia positivista de nuestro  
siglo.

En el fondo de las luchas literarias hay  
siempre una cuestión filosófica. Esa cuestión  
puede permanecer confusa, no llegar á ella  
las discusiones, pues los escritores no saben á  
veces que existe; pero el antagonismo entre  
las escuelas tiene en general su origen en las  
primeras ideas que se forman de la verdad.  
Por ejemplo, el romanticismo no es deísta.  
Víctor Hugo, en quien se encarnó, recibió  
una educación católica, de la cual no se des-  
prendió nunca por completo; el catolicismo se

convirtió en él en panteísmo, en deísmo vago  
y lírico. Siempre aparece Dios en el final de  
sus estrofas; y no aparece sólo como artículo  
de fe, aparece sobre todo como una necesidad  
literaria, como la representación del ideal que  
resume toda la escuela. Pasemos ahora al ma-  
terialismo, y pisaremos en seguida terreno po-  
sitivista. Esta es la literatura de un siglo de  
ciencia que sólo cree en los hechos. El ideal,  
si no está suprimido, está puesto de lado. El  
escritor naturalista opina que no debe pre-  
ocuparse de la existencia de Dios. Hay una  
fuerza creadora y nada más. Sin entrar á dis-  
cutir la esencia de esa fuerza, sin pretender  
especificarla, empieza el estudio de la natura-  
leza por el análisis. Su trabajo es el de nues-  
tros químicos y físicos. No hace más que  
recoger y clasificar documentos, sin acercar-  
los nunca á una medida común, sin compa-  
rarlos al ideal. Si se quiere, es una investiga-  
ción del ideal, de Dios mismo, un estudio de  
lo que es, y no como en la escuela clásica y  
en la escuela romántica, una disertación so-  
bre un dogma, una descripción retórica so-  
bre axiomas extra-humanos.

Que los clásicos y los románticos, que los



deistas nos arrastren por el lodo en el hermoso fanatismo de las pasiones religiosas, lo comprendo perfectamente, porque negamos á su Dios y desalojamos su cielo, no ocupándonos del ideal y no basándolo todo sobre ese absoluto. Pero lo que me ha sorprendido siempre es que los ateos del partido republicano nos ataquen con ciega violencia. ¡Cómo! Unos hombres que desechan el dogma, que hablan de matar á Dios, ¿necesitan absolutamente un ideal en literatura? Les hace falta un cielo de pacotilla, con pinturas celestes y abstracciones sobrehumanas. En la ciencia social declaran que no necesitan religiones, dicen que las religiones conducen al abismo; y cuando se trata de las letras, se enfadan si no se profesa la religión de lo bello. No es posible, sin embargo, esta religión sin aquélla. La pretendida belleza, la perfección absoluta, fijada en términos precisos, es la expresión matemática de la divinidad soñada y adorada por los hombres. Si se niega esa divinidad, si se quiere examinar el problema filosófico estudiando al mundo, á la naturaleza y al hombre, hay que aceptar nuestra literatura naturalista, que es precisamente el instrumento literario de la

nueva solución científica buscada por el siglo. El que esté con la ciencia, tiene que estar con nosotros.

## III

Voy á la parte práctica. No me he ocupado más que incidentalmente de tan arduas cuestiones, para establecer con claridad la actual evolución literaria. En suma: se trata sólo de la actitud de la República frente á la literatura.

Uno de los últimos ministros de Instrucción pública, hombre amabilísimo, parecía animado de una intención atrevida y enérgica cuando entró en el poder. Tenía, sobre todo, extraordinario afán de conocer la opinión del mundo literario, y preguntaba á los que le visitaban: «Le ruego que me diga lo que debo hacer; ilumíneme V.; indíqueme lo que los escritores y los artistas esperan del Gobierno.» Esto anunciaba una voluntad decidida de co-



nocer nuestras necesidades reales y de satisfacerlas. Un día estaba yo presente cuando el ministro pronunció esa frase delante de algunos compañeros míos. Habló con todos; quiso conocer la opinión de cada uno. El primero pidió cruces para hombres de mérito que habían asustado con sus escritos al Gobierno; el segundo pidió fondos para crear una vasta enciclopedia que resumiese la historia de la ciencia; el tercero habló de enviar una misión á unos conventos de Rusia, donde sospechaba que estaban escondidos tesoros de literatura. Todo ello era, en verdad, excelente. Pero confieso que no me satisfacía. Cuando el ministro me preguntó á mí, le dije sencillamente: «Háganos V. libres, y será V. un gran ministro.»

La libertad: eso es todo lo que puede darnos un Gobierno. No niego el papel importante que puede desempeñar un ministro de talento. Tiene bajo su poder las escuelas, las oposiciones, distribuye encomiendas y recompensas, y otorga pensiones. Según sea el que gobierne, así se aprovecharán las medianías más ó menos, aunque siempre sean ellas las que esas participaciones obtengan.

¿Pero qué utilidad significa para el arte y la literatura esta protección, esta intervención del Gobierno? Estos no son más que detalles de cocina administrativa, que no influyen ni sobre la evolución de los espíritus, ni sobre el nacimiento de los grandes talentos. Se da una pensión á aquel que es pobre, se condecora á otros; pero las letras no son mejores ni peores. Se protege multitud de pintores y compositores, pero esto no es causa de que llegue antes el maestro que ha de transformar la pintura y la música. Los grandes maestros aparecen sin que el Gobierno intervenga para nada.

Por lo tanto, un ministro no puede tener influencia directa. Poniéndonos en lo mejor, pudiera realizarse únicamente su misión de un modo: si desdeñando á las medianías, separándose de cuestiones políticas y rutinas censurables, concede sus pensiones y sus cruces á los talentos verdaderamente originales, podrá ser un Mecenaz distinguido, un amigo de las letras que procurara para los escritores el mayor bienestar posible.

Nosotros los trabajadores, que no nos hemos educado en la opulencia, que no tenemos necesidad de pensiones, que no ambicionamos cru-



ces, que sólo contamos con el público para que nos pague nuestro trabajo y nos recompense, reclamamos más que una cosa de los hombres políticos; la libertad. Se habla del gobierno de la nación por sí misma: pues bien; que deje también la misma libertad á la literatura, que le franqueen las puertas, que separen de su camino los obstáculos del antiguo régimen. ¿Que pensar de estos republicanos que ambicionan todas las libertades y que no empiezan por proclamar la libertad del pensamiento escrito. Pueden guardar sus flores, sus pensiones y sus cintas; nosotros rechazamos su concurso; nosotros nos encogemos de hombros ante esa especie de estufa oficial que produce plantas raquíticas; no queremos someternos á su policía: les prohibimos terminantemente que se inmiscuyan en nuestros asuntos, aunque sólo sea para alentarnos. Lo que nosotros reclamamos es la libertad; tenemos derecho á ella, la exigimos, nos hace falta. Los hombres políticos detentan nuestra libertad; que nos la devuelvan. Citaré tres hechos entre otros muchos. ¿No es verdaderamente vergonzoso, que la prensa no sea enteramente libre, y que tan sólo ella como el teatro, estén sujetos todavía á una

previa censura. Aquí se manifiesta un hecho increíble; esta censura acaba de constituirse, y se le han dado públicamente órdenes severas de policía moral.

No me es posible entrar en el examen de las leyes actuales sobre la prensa. Nadie ignora que son muy restrictivas. Nuestra República francesa es tan dura para los periódicos, como fué el más autoritario realismo. En tanto que los republicanos no llegaron al poder, proclamaron la libertad absoluta; veremos si se acuerdan de sus promesas. En cuanto á la comisión encargada de la censura, no solamente atentatoria á la libertad, sino tonta. ¿Podrá, por ejemplo, citarme una distinción más pueril que la que se ha establecido entre las librerías que están en una estación y las librerías que existen en las calles de una ciudad? Todo el mundo se pasea por la acera, y el librero tiene el derecho de exponer sus libros; un público especial de viajeros pasa por la estación; el librero no puede vender sus libros si previamente no han sido declarados permisivos. Bajo el Imperio podía comprenderse esta vigilancia, esta clasificación de las librerías; pero bajo el régimen republicano esta



fiscalización es odiosa é inexplicable. ¡Cuestión insignificante! se dirá; pero, ¿lo será también para los escritores que no consiguen para sus libros el visto bueno oficial? Se les impide violentamente llegar al público, se les quita una venta segura, y esto constituye un verdadero atentado al derecho de cada cual. Por otra parte, basta el que la censura sea una arbitrariedad y una violación de las libertades para que la república la suprima. ¿Y la censura teatral ha de ser eterna? Los Gobiernos caen; pero la censura continúa. La cuestión es muy compleja. Yo sé bien que la censura pasa por ser muy transigente. Los autores que han tenido un éxito afirman que los censores suelen al fin y al cabo ser muy dúctiles; ciertos que se les suele permitir algún corte, pero luego se vengan atribuyéndoles cualquier tontería. Una persona muy conciliadora, me decía: «Cítame V. una sola obra de mérito que la censura haya impedido juzgar». Yo le he respondido: «No puedo decir el título de las producciones de que la censura nos priva, porque precisamente esas son las que no se han publicado.» Toda la cuestión se reduce á esto. Si la censura no desempeña un papel activo é

importante, paraliza por lo menos la evolución del arte dramático.

De ahí toda una fuente de inspiración, toda una vena fecunda esterilizada por el interdicto que sobre ella pesa, á menos de contenerse en los límites agradables de una simple conversación anodina. Esto es tanto más grave, cuanto que, en mi opinión, toda la comedia moderna está en la política. Se reprocha á nuestros autores la falta de novedad, se les acusa de repetir los tipos ya conocidos y gastados, y se les impide al mismo tiempo penetrar en el mundo político, este mundo turbulento que llena el siglo. La comedia debe vivir la vida del día. ¿Y dónde se encuentra si no en la política? En ella es únicamente donde los autores encontrarían la característica de la época, la forma nueva de los apetitos, de los intereses y de lo ridículo dentro de nuestra sociedad francesa. Impedir entrar en este vastísimo campo, desconocido en el último siglo y que va de día en día ensanchándose más, es reducir á los autores á la impotencia. Es como si autorizaran á un escultor para tallar una estatua y le negaran el bloque de mármol que indispensablemente necesita.



Es verdad que los hombres políticos dan a los escritores todas las libertades. No pueden hacer más, pero tampoco pueden hacer menos. Es una farsa agradable y sin consecuencias. Por otra parte, debo confesar una cosa. Si la República nos niega sus libertades, nosotros nos las tomaremos. Solamente que yo encontraría mucho más digno y natural que las libertades literarias fueran concedidas por la República. Ella que está fundada en una fórmula científica impuesta por los hechos, debe comprender muy bien cuál debiera ser su actitud respecto á la literatura, constituyendo un poder que rechace toda literatura esclava del Estado; que no sea partidaria de una escuela determinada; que vele simplemente por el desarrollo de las ideas; que no tenga la pretensión ni de dirigir, ni de alentar, ni de recompensar; que deje, por último, en plena libertad á las fuerzas geniales y creadoras del siglo. Pues bien: ningún Gobierno hasta ahora ha tenido la inteligencia suficiente para resignarse de buen grado. ¿La República se mostrará superior? Mañana lo sabremos.

Será necesario, ante todo, que formen el poder hombres enérgicos. No comprendo una

República gobernada por medianías. Esto me parece ilógico. En el gobierno del país por el país, los hombres que reciben de sus conciudadanos la delegación del poder, deben ser indudablemente los más honrados, los más inteligentes de la nación. De otro modo, ¿para qué es el elegirlos? Si son medianías, si su honradez es dudosa, su iniciativa nula, ni nos aportan nada, en una palabra, sería mucho mejor volver al antiguo régimen. Al menos los ministros de la Monarquía eran personas distinguidas, pertenecían á una aristocracia distinguida, sobresalían de la muchedumbre. La desgracia es que las cosas de este mundo no marchan en el sentido favorable para el honor y el provecho de la humanidad. Yo encuentro aquí este terrible elemento humano que desequilibra las más bellas teorías basadas en la lógica y el derecho. Por ellos se baten hombres aún con más ardor que por la verdad. Así es que un jefe de partido sube al poder con todos sus paniaguados. El es superior; sus paniaguados no son más que nulidades complacientes, tontos, á los cuales es necesario tener contentos; comparsas insoportables y peligrosas dentro de un gobierno. Llega un



día en que estos simples comparsas anulan al jefe del partido. La política en sus turbulencias es el refugio de todos los ambiciosos desahuciados, el terreno sobre el cual los inútiles, los impotentes, los vencidos se dan cita para aprovecharse de los sucesos. Esto explica el amontonamiento de candidaturas. Casi todos llevan en sus bolsillos dramas ó novelas veinte veces rechazados por los directores y los editores; el candidato suele ser un periodista de carácter agrio, un historiador malogrado, un poeta *no comprendido*, gente, en fin, que aspiró á entrar en el dominio de la literatura, y que, después de haber satisfecho sus ambiciones en la política, conservan por las letras cierta ternura que tiene mucho de despecho.

Son discípulos convertidos en peones. Las letras son para ellos una orgía de la juventud que debe vigilarse; hablan de ellas con sordo desecho no satisfecho, no están lejos de participar de las creencias de esos burgueses que acusan á los escritores de pasar el tiempo tumbados sobre divanes, servidos por sultanas y en medio de los más crapulosos placeres. Ese es el origen de sus ataques, de sus discursos

de moralidad, de su necesidad de reglamentar las letras, como se reglamenta la prostitución, con una policía y verificando detenciones. Son, pues, esas terribles medianías, esos frutos secos que se han subido á la altura de la autoridad, los que nos hacen tanto perjuicio. Son desgraciadamente los parásitos de la República. Siempre son los primeros que se encuentran en los períodos revolucionarios, tomando la delantera y acaparando los pequeños y los altos puestos. Pero hay que esperar que se haga la clasificación. La República sólo puede vivir á condición de ser el gobierno de las superioridades intelectuales, la fórmula científica de las modernas sociedades, aplicada por espíritus libres y lógicos.

Quédame sólo hacer la expresión de un deseo, que es el de toda mi generación. Se nos aturde y se nos satura de política, y, en verdad, estamos hartos ya de ella. Me acuerdo que en tiempo del Imperio había gentes que echaban de menos la época de las batallas parlamentarias; la tribuna había enmudecido, decían, la prensa amordazada, la discusión de los negocios públicos prohibida. Pues bien; hoy nos han mareado de tal modo, tanto han gritado,



que echamos de menos el silencio del Imperio, cuando la política no ladraba á nuestras ventanas el día entero, y cuando por lo menos se podía pensar. Verdaderamente, hemos tenido paciencia. Nos hemos resignado por espacio de varios años. Comprendíamos que no se sale con facilidad de una crisis como la de 1870; pensábamos que no era fácil fundar la República en medio de la lucha de los partidos, y que era preciso pasar por el estrépito de la lucha. ¡Pero ahora está ya fundada la República, que nos den la paz!

Sí, todos nosotros, hombres de ciencia, escritores y artistas, todos tendemos nuestros brazos á los políticos, pidiéndoles que no sigan destrozándonos los oídos. Los republicanos han vencido, ¿no es eso? Son hoy los amos de todas las situaciones. Pues bien, por favor, que procuren entenderse, que hagan bailar á las mujeres, en lugar de seguir disputando. Se lo agradeceremos en el alma.

Nadie piensa en nosotros. Parece que no se aperciben de que nuestra generación, los hombres que tienen de treinta á cuarenta años, se ven cogidos entre las últimas convul-

siones del Imperio y la difícil gestación de la República. ¿Hay algún escritor cuando los hombres políticos ocupan todo el sol? ¿Se ocupa alguien de libros cuando los periódicos están palpitantes con las noticias parlamentarias, con las discusiones largas y vacías de sentido? Política y siempre política, y á dosis tan enorme, que las señoras, en los salones, no hablan ya más que de política. A eso hemos llegado: se nos roba nuestra parte de siglo, nos malgastan los mejores años; mañana cuando se nos diga que ha llegado nuestra hora y que tenemos la palabra, ocurrirá que seremos viejos y que los jóvenes pedirán nuestro sitio. Hay, pues, generaciones suprimidas por los hechos. No podemos, naturalmente, mostrar gran amor á la política, por la misma razón que el hombre reventado no saluda á la rueda que le ha pasado por encima.

Aceptamos, es cierto, las necesidades históricas. Lo que nos saca de quicio es el lugar extensísimo que han ocupado en estos últimos años las medianías de que hablaba más arriba. Jamás hizo Corneille, ni Molière, ni Balzac el estrépito vergonzoso que esos imbéciles hacen hoy en la prensa. El primer necio que sube á



la tribuna consigue más importancia que un escritor al publicar una obra maestra. Sé que importa poco el ruido, que el necio sigue necio, y más cuando se le conoce de un extremo á otro de la nación; pero ¡cuánto tiempo perdido en leer discursos mal escritos, qué injurias á la verdad y á la justicia, qué errores puestos en circulación! Precisamente á causa de los fáciles triunfos de la política, son tantos los que tratan de entrar en ella en busca de nombre y autoridad, y á causa de la victoria de las medianías, del encumbramiento de esas personalidades grotescas, de esos grandes hombres de una hora, sentimos nosotros ese desprecio á la política, nosotros los trabajadores, que sólo creemos en el genio y en el estudio.

Basta, pues, de ruido. Gocemos de nuestra República. Que los necesitados y los ambiciosos que viven de ella se vayan á América á buscarse un trono ó á ganar una fortuna. Dediquémonos á la música, bailemos, cultivemos nuestras flores, escribamos libros de mérito. Hay que confesar que los escritores y los artistas tienen poca confianza en la República. Hasta la fecha no se han ganado las simpatías

de los republicanos, que siempre han mirado con severidad las artes y las letras. Se dice á menudo que la República es el peor gobierno para nosotros, por sus resabios puritanos, su necesidad de enseñar y de predicar, y su tesis de igualdad y de utilidad. Pero debe añadirse que aún no se ha visto al Gobierno republicano en marcha, pues hasta ahora no ha habido bastante estabilidad.

Mi conclusión será sencilla. Todo Gobierno definitivo y duradero tiene una literatura. Las Repúblicas del 89 y del 48 no la han tenido, porque han pasado por la nación como una crisis.

Hoy nuestra República parece definitivamente impuesta; debe tener, pues, su expresión literaria. Esta expresión, á mi juicio, será el naturalismo, extendiéndose el método analítico y experimental, la indagación moderna basada en los hechos y en los documentos humanos. Deberá haber una estrecha relación entre el movimiento social que es la causa, y la expresión literaria que es el hecho. Si la República, cegada, no comprendiendo que debe su existencia á la fuerza de una fórmula científica, se empeña en perseguir esta fór-



mula científica en las letras, será signo evidente de que la República no ha sido traída por los hechos y que debe desaparecer ante uno: la dictadura.

## LA LITERATURA Y LA GIMNASIA

---

Séame lícito hablar de un asunto que importa á toda nuestra generación de inteligencias enloquecidas y desequilibradas. Entre nosotros el cuerpo ha llegado á un extremo de singular decadencia, como en los mejores tiempos del misticismo. No consiste ese resultado en la exaltación del alma; los que se exaltan son los nervios, la masa cerebral. Hállase la carne macerada por las frecuentes, numerosas y profundas sacudidas que el cerebro imprime á todo el organismo. Estamos enfermos, esto es verdad desgraciadamente, enfermos de adelanto. Existe en nosotros hipertrofia del cerebro; los nervios se desarrollan á costa de los músculos, y éstos, á su vez, debilitados y calenturientos, no sos-